

Las voces y su historia: sobre el nacimiento de la esquizofrenia

José María Álvarez y Fernando Colina

1.

La pregunta por la historia de las psicosis es muy difícil de formular. Cualquier imprecisión acota el resultado y cierra el camino a otra posibilidad. Si en algún momento es cierta la tesis de que una pregunta bien formulada no precisa respuesta, porque la vuelve innecesaria ante el descubrimiento que la propia interrogación provoca, en el dominio de las psicosis este suceso afecta fundamentalmente a su historia.

Nuestra reflexión gira en torno a las voces de los psicóticos y quiere cuestionarse sobre si este síntoma primario –aceptando la terminología fenomenológica–, probablemente el más característico en nuestro tiempo de la esquizofrenia, ha estado siempre presente en el cuadro clínico de la locura o, si por el contrario, es de aparición reciente en su expresión sintomática.

La perspectiva histórica que nos interesa para poder desarrollar este problema se puede delimitar mediante simple exclusión. Primero, descartamos la historia de la propia Medicina, del conjunto de los saberes médicos, pues no nos incumbe en este momento conocer cuales han sido los modelos teóricos que se han utilizado para elucidar la locura. Poco nos dice sobre el tema que nos convoca la evolución conceptual que se extiende desde la primitiva concepción humoral hasta la aparición de la Psiquiatría en los albores del siglo XIX, y, dentro de esta última, los sucesivos avatares y disputas entre las corrientes somáticas y psíquicas. A nosotros, en este momento, nos mueve un hecho concreto: saber si los psicóticos de todos los tiempos han oído voces, o bien si su apari-

ción es más acusada en la modernidad o, al menos, cualitativamente diferente a como se había presentado antes. En paralelo a esta hipótesis, se aportarán algunas reflexiones destinadas a vincular el surgimiento de la esquizofrenia con la modernidad, esto es, con la aparición del discurso científico y con una particular relación del hombre con el lenguaje.

En segundo lugar, dejamos aparte todo lo que incumbe al tratamiento de la enfermedad, a las distintas prácticas terapéuticas, pues poco o nada nos dicen salvo lo que concurra, como información indirecta, acerca de la presencia de las voces y su hipotética evolución histórica.

Por último, alejamos de nuestra atención todo cuanto corresponda a una perspectiva biológica de la psicosis, entendiendo que este punto de vista defiende una constancia de la esquizofrenia similar a la que puedan conservar a lo largo de los tiempos la tuberculosis o la litiasis biliar. Enfermedades, en suma, con una causa, una clínica y un desenlace siempre similares, donde las condiciones sociales o psicológicas pueden modificar su frecuencia, su gravedad o el sentimiento de peligro que las acompaña, pero no su entidad o su esencia. La naturaleza física, en este sentido, es muy poco histórica o lo es en unos lapsos tan grandes que escapan a nuestra reflexión.

Lo que ahora reclama nuestra atención es conocer si existe una historia que afecte al deseo, a la subjetividad o a la mentalidad de las personas. Porque, de ser así, cabe que las heridas más notables del hombre, esto es, la tristeza que nos melancoliza, la autorreferencia ególatra que nos vuelve paranoicos y la

fragmentación que nos lleva a la esquizofrenia, hayan conocido cambios a lo largo de la historia. Y uno de esos cambios podemos localizarlo en el asunto de las voces, por si acaso éstas son un síntoma histórico de las psicosis y, por lo tanto, su aparición debe vincularse a un desgarrón distinto de la persona aparecido a partir de una determinada época, en concreto, la Edad Moderna. De ser así, la cuestión que se suscita, lógicamente, será también la recíproca: plantearse qué es lo que nos dan a entender las voces sobre la naturaleza de la enfermedad y, por consiguiente, sobre las heridas humanas más distintivas.

2.

Las diferencias que queremos establecer se desarrollan en torno a dos elementos: la creencia en espíritus invisibles que comparten la realidad con nosotros, y la condición intrínseca de la palabra cuando se confronta con el fondo de las cosas. Ambas contribuirían a que, llegado un momento en la historia de las mentalidades y la dinámica del sujeto, las locuras hayan encontrado su manifestación más característica en las voces delirantes y alucinatorias, esos síntomas patognomónicos de las psicosis que hoy configuran el núcleo del llamado automatismo mental.

Es cierto que en los testimonios antiguos que se conservan no aparecen descritas las voces como padecimientos propios de los locos. Sin embargo, sabemos que el interés por lo que decían y formulaban los enajenados es relativamente reciente y coincide prácticamente con la inauguración de la Psiquiatría. Se ha dicho –por Foucault– que hasta Pinel no hay un claro interés por conocer qué dice un alienado, por qué lo dice y con qué intención lo expresa. Nos consta también que, hasta esas mismas fechas, los autores citan casi siempre de segunda mano las declaraciones sintomáticas de los enfermos, las cuales

se repiten invariables desde la Antigüedad a lo largo de los escasos textos que dan cuenta de ellas. Por ese motivo, todo cuanto digamos acerca de la aparición de las voces como un síntoma reciente en la fenomenología psicótica o, al menos, como una acentuación específica de la modernidad, no pasa de ser una mera hipótesis cuyo alcance tratamos simplemente de evaluar y, en ningún caso, de demostrar. Toda comparación efectiva con el pasado es realmente imposible y sólo tolera, a lo sumo, una hipótesis prope déutica.

3.

Hasta no hace mucho, todos los pueblos occidentales han compartido la idea de que unos entes intermedios entre los dioses y los hombres convivían junto a nosotros en el mismo espacio físico y mental. Espíritus, *demones* (genios), ángeles o diablos han participado de nuestra experiencia como un hecho inequívoco y común hasta que la mentalidad científica los fue desplazando al campo de la ficción y la fantasía. Es elocuente, en este sentido, que Montaigne (1533-1592), elegido para la ocasión como exponente de una nueva mentalidad, exprese su apoyo decidido a las doctrinas socráticas salvo en lo que hace referencia a su trato con los demonios, que le parecen el producto de una creencia supersticiosa y superficial: «Nada digiero con tan gran trabajo en la vida de Sócrates como sus éxtasis y diablerías»¹. Opinión aún madrugadora si pensamos que Descartes (1596-1650), con quien identificamos un cambio revolucionario en nuestra racionalidad, aún está preocupado unos años después, como se lee al final de su primera *Meditación*, por la presencia de genios malignos que con astucia y malas artes se interponen en el curso del pensamiento².

Una explicación sustanciosa del papel de los espíritus en aquellos tiempos la encontramos

Hasta no hace mucho, todos los pueblos occidentales han compartido la idea de que unos entes intermedios entre los dioses y los hombres convivían junto a nosotros en el mismo espacio físico y mental.

¹ MONTAIGNE, "De la experiencia", *Ensayos*, T.III, Barcelona, Iberia, 1968, p. 276.

² DESCARTES, *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Alaguara, 1977, p. 21.

en un artículo de Tasso (1544-1595), *El mensajero*, que tiene especial significación para nosotros por dos razones. Por un lado, porque está escrito ya en una época tardía, 1580, en los albores por lo tanto de la modernidad. Y, en segundo lugar, porque lo compone en el período de locura, durante los siete años y medio que permaneció internado en el hospital de Sant'Anna por orden del Duque de Ferrara. En este texto revelador, Tasso sostiene que, en el orden impuesto por Dios y su ministra la naturaleza, nada va de un extremo a otro sin pasar por el medio. Así, al igual que la naturaleza odia el vacío y reclama la ayuda del aire para penetrar entre los cuerpos y ocupar todos los intersticios, los ángeles y demonios son necesarios para interponerse entre las especies inferiores y superiores, entre lo mortal y lo inmortal, entre lo humano y lo divino³. De esta suerte, mientras Montaigne empieza a descorrer un espacio racional que no precisa intermediarios inteligibles entre el hombre y la divinidad, o entre la persona y las cosas materiales, un psicótico de genio agudiza un interés renovado por los espíritus, probablemente porque facilitan su delirio y, en cierto modo, templan su ánimo al ceder el protagonismo de las voces a figuras más o menos demoníacas que aún siguen siendo reales para el sentido común de los contemporáneos. Las voces, por lo tanto, son aún voces de los espíritus y no esas voces inefables que asaltan al esquizofrénico que hoy frecuentamos. «Me susurró al espíritu aquel gentil espíritu que suele hablarme en mis imaginaciones»⁴, escribe Tasso como muestra de lo que decimos.

4.

Pero, al tiempo que han desaparecido los espíritus amigables o amenazantes de nuestro entorno, la realidad se ha ido descarnando, vol-

viéndose tanto más cruda cuanto que la *lingüística* del mundo ha entrado en crisis. Según la ciencia incrementaba su precisión y claridad en la superficie del mundo, el romanticismo abría un abismo en el corazón del hombre y un territorio sin palabras en el interior de las cosas. En la realidad se ha ido entreabriendo un hueco que las palabras ya no aciertan a delimitar. La *cosa en sí* kantiana, la *voluntad* de Schopenhauer, la *oscuridad* de Schelling, la *pulsión* de Freud o lo *real* de Lacan, dan testimonio de esa experiencia radicalmente moderna que conduce al hombre hasta los límites del lenguaje, allí donde la representación no alcanza a revestir el territorio existente. Sin embargo, mientras que para el filósofo de Königsberg la *cosa en sí* –ese ámbito transfenoménico e inerte que no está sometido al tiempo ni al espacio ni a la causalidad– situaba los límites entre lo cognoscible y lo incognoscible, para Freud y Lacan ese *real*, ya activo y amenazante, alcanza a constituir una de las dimensiones propias de la experiencia humana, sellando así el fracaso de lo simbólico y abriendo las puertas a un más allá del placer y del deseo.

De este descubrimiento es hija la psicosis de la modernidad. La esquizofrenia, tal y como la conocemos, no puede ser anterior a este tiempo histórico. Las psicosis cambian a lo largo de la historia a la vez que varía cuanto entendamos por subjetividad, es decir, el sentido de privacidad, el espacio interior o las estrategias del deseo, que sólo en tiempos recientes han desplegado toda su potencia e incapacidad en el dominio del lenguaje. Las voces de los esquizofrénicos no son otra cosa que las respuestas del sujeto a lo imposible, respuestas al fin y al cabo ante la presencia de ese *real* que se ha vuelto peligroso y amenazador. Surgen del cortocircuito establecido entre una palabra fundida con las cosas y la urgencia del lenguaje que acude a sofocar como puede, es decir, con el delirio, la herida que se ha abierto en el mundo y en la división del hombre. Las voces,

³ TASSO, T., *Los mensajeros*, Valladolid, Cuatro, 2007, pp. 65-66.

⁴ Op. Cit., p. 37.

en este caso, son la lengua muda que empieza a recobrar el habla, son un alfabeto naciente y titubeante. A un psicótico que conocemos, las voces le dicen «vacío», como si le recordaran la tarea de crear. A Schreber le decían algo parecido, le obligaban «por supuesto» –*scilicet*, escribe el magistrado sajón– a pensar. Las voces son el comienzo del racionalismo mórbido del esquizofrénico.

Ahora bien, del mismo modo que el esquizofrénico es precursor e investigador de una nueva realidad, es también testimonio de un temor desconocido. Sabemos que la angustia moderna ha sido definida por Kierkegaard como el resultado de una culpabilidad liberada del pecado, pero aún sometida a la posibilidad del pecado que consiste precisamente en la falta de conciencia del pecado. El psicótico, en cambio, es quien ha llevado su inocencia aún más allá, hasta alcanzar un territorio donde a la ausencia radical del pecado, esto es, del deseo, se une también la pérdida de las instrucciones sobre el manejo del verbo.

Muchas veces nos preguntamos sobre las características de la angustia del esquizofrénico, ese pavor que se sitúa por encima de sus miedos a la persecución, a las voces que oye o al robo del pensamiento. Y la explicación que se nos propone alude a un miedo aún más enigmático que el que surge ante lo informal e innombrable, palabras que al menos delimitan el dominio de lo impreciso y desconocido con su significado indeterminado. El esquizofrénico, en cambio, habría penetrado en un mundo tan oscuro que ha perdido por el camino cualquier posibilidad de gobernar las palabras. Esa presencia sustancial de las tinieblas en las que se extravía, solo y sin el ropaje del lenguaje, constituiría el nivel desolador de su angustia, la cota donde reside lo innombrable. Bien distinta resulta esta experiencia de la que puedo forzar si una noche solitaria contemplo con intensidad el firmamento y me cuestiono el misterio de la vida y las dimensiones del

cielo. No se trata aquí de este tipo de angustia, sino de la que experimentan quienes han metido el cielo en su cabeza extraviando las palabras que puedan dar cuenta del acontecimiento. No como el poeta nocturno que contempla las estrellas y siente el estímulo trémulo de lo inefable, sino como quien ha perdido hasta la posibilidad más remota del lenguaje.

5.

La desaparición de los espíritus en nuestro imaginario nos confronta más directamente con los abismos que bordean la pulsión, es decir, con la omnipotencia de lo divino y el núcleo mudo de la realidad. Huérfanos de ángeles y diablos, las palabras del hombre moderno tienen que dar cuenta por sí solas de una divinidad sin Dios y de una realidad sin representación cada vez más descarnada, la cual apenas acertamos a formular pese a que se abalanza sobre nosotros con malos modos.

«Nada distingue tanto al hombre antiguo del moderno como su entrega a una experiencia cósmica que este último apenas conoce», escribe Benjamin en *Dirección única*⁵. «La temible aberración de los modernos –continúa Benjamín– consiste en considerar irrelevante y conjurable esta experiencia, y dejarla en manos del individuo para que delire y se extasíe al contemplar hermosas noches consteladas. Pero lo cierto es que se impone cada vez de nuevo, y los pueblos y razas apenas logran escapar a ella, tal como lo ha demostrado, y del modo más terrible, la última guerra, que fue un intento por celebrar nuevos e inauditos desposorios con las potencias cósmicas». En efecto, el psicótico actual carece de esa experiencia con la que rellenar fácilmente su potencial mundo delirante. Nuestro psicótico no dispone de un mundo sobrenatural compartido con otros seres. Está falto de una experiencia cosmológi-

El esquizofrénico, en cambio, habría penetrado en un mundo tan oscuro que ha perdido por el camino cualquier posibilidad de gobernar las palabras.

⁵ BENJAMIN, W., *Dirección única*, Madrid, Alfaguara, 1987, p. 96.

ca que le posibilite tratar la inmensidad del universo y no acierta a revestir ese mundo mudo y temible que se ha despertado con la escisión del hombre moderno entre la ciencia y el romanticismo. Un mundo volcánico capaz de reventar las frágiles palabras que entran en contacto con él, esas mismas palabras que comprometen al psicótico hasta desencadenar la locura y ocupar su cabeza con las nuevas voces del automatismo mental, tan inclinadas más tarde a dar testimonio de un supuesto asesinato del alma o a erigirse en el campo de batalla de dos fuerzas cósmicas que comprometen a su oidor.

Los fenómenos de posesión que identifican la locura, a falta de seres espirituales, tienen como inicial poseedor a la palabra. Son las palabras, entonces, las que vienen a sorprender al esquizofrénico con un lenguaje extraño. Sin embargo, esas palabras, en principio, no le dicen nada, salvo insinuar el insulto, la alusión, el ruido o el eco del pensamiento. Delirar, en cierto sentido, es el esfuerzo de resucitar los espíritus antiguos para que ocupen el espacio lingüístico que la psicosis ha destruido, es decir, para restablecer la continuidad entre la entidad espiritual y la lingüística, separadas desde el momento del desencadenamiento. De este modo se ratifica que, aquella presencia de seres espirituales, ángeles o diablos, asentada por la tradición en el dominio de nuestra naturaleza psíquica, ha sido transformada por la ciencia en un fenómeno de la locura.

6.

Jubilados los espíritus intermedios de sus funciones saludables y puestas en entredicho la omnisciencia y la omnipotencia de Dios por el racionalismo y por el positivismo de la mentalidad científica, la medicina alienista de principios de XIX continuó sirviéndose de los demo-

nes, los espíritus y las vivencias de los místicos para establecer la raigambre patológica de las voces, consideradas en adelante alucinaciones del oído. Se trata, no obstante, de un período de transición en el que los pioneros de la psicopatología elaboran aún sus teorías echando mano de los autores clásicos y de los ideales de la ciencia médica. Nada sorprende, en este sentido, que Pinel, profesor de Medicina y director de manicomio, dejara escrito lo que sigue: «Apenas se puede hablar de las pasiones como enfermedades del alma, sin haber tenido antes presentes en la mente las *Tusculanas* de Cicerón y las otras obras que este hombre genial consagró a la moral en los años en que maduraba en edad y experiencia»⁶.

Pero el auge del alienismo no consiguió rebasar apenas la primera mitad del siglo XIX, orillado paulatinamente por el empuje de la ciencia psiquiátrica y la psicología experimental. Desde las primeras descripciones y teorías de Esquirol sobre las alucinaciones, hasta que un siglo después las visiones de la fragmentación subjetiva comenzaron a formularse con los nombres de «esquizofrenia» (Bleuler), «automatismo mental» (Clérambault) o «locuras discordantes» (Chaslin), se suceden algunos hitos psicopatológicos cuya lógica puede precisarse en torno a tres procesos paralelos y dependientes. En primer lugar, se advierte un desplazamiento del interés por el ámbito visual hacia el verbal y el auditivo. En segundo lugar, los fenómenos alucinatorios más ruidosos, exteriores y sonoros cederán su protagonismo a ese enjambre de pequeños signos xenopáticos que nombran la atomización más radical de la identidad. Por último, y como resultado de los dos anteriores, la fascinación suscitada entre los psicopatólogos por las relaciones entre las alucinaciones y el lenguaje, encontrará los más cabales fundamentos explicativos en la obra de Freud, la cual se afirma desde el principio en la relación consustancial que une el lenguaje y la subjetividad.

⁶ PINEL, PH.: *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, París, Brosson, 1809, p. 12.

Como resultado del proceso epistemológico que acaba de apuntarse, la patología del lenguaje se convertirá en uno de los protagonistas principales de la nueva concepción del sujeto, a resultas de la cual la consideración tradicional de la lengua como instrumento destinado a la comunicación dará paso a una perspectiva más inquietante en la que nosotros somos los instrumentos de los que se vale el lenguaje para manifestarse. La presencia de voces alucinatorias y de pensamientos impuestos, las descripciones de la esquizofrenia, la psicosis alucinatoria crónica, el automatismo mental y las locuras discordantes verbales, también las últimas novelas de James Joyce, reflejan en todos sus relieves el sometimiento del sujeto moderno a las leyes de la palabra. El lenguaje no ha sido fundado, dirá Heidegger para reflejar este proceso, es él quien funda.

7.

Las figuras del visionario, el ventrílocuo y el xenópata ilustran con claridad los hitos arriba señalados. Dejando a un lado las grandes tendencias que conformaron el saber psicopatológico, resulta llamativo que Esquirol –el primer teórico de las alucinaciones– calificara de «visionario» al alucinado: «Un hombre que tiene la convicción íntima de una sensación actualmente percibida, aun cuando ningún objeto hiera sus sentidos, se encuentra en un estado de alucinación; es un *visionario*»⁷. El énfasis puesto en la dimensión visual se advierte también en las ilustraciones clínicas que acompañan sus esbozos teóricos; sólo una de ellas se refiere a la alucinación auditiva.

También esta predominancia de la dimensión espacial con que «se hace visible el reino de las sombras»⁸, resulta dominante en el análisis que Kant, medio siglo antes, realizara de Emanuel Swedenborg en *Los sueños de un visionario* (1766), sin duda su libro más curioso y punto de

partida de su filosofía crítica. Kant, que compartió parte del siglo con Pinel, se vio obligado a estudiar la locura para examinar los límites de la razón, rectificando así la exclusión de Descartes que no la consideraba ni siquiera como un engaño de la razón. En su estudio del «archivisionario de todos los visionarios», capaz de mantener relación directa con los espíritus y las almas, es significativo que Kant dudara entre encontrar similitudes de la metafísica con la obra del autor sueco –«tan sorprendentemente semejante a mis quimeras filosóficas»⁹–, o despacharle «rápida y definitivamente a la enfermería»¹⁰. En cualquier caso, su concepción del lenguaje relativo a estas experiencias sigue siendo la tradicional: «El lenguaje de los espíritus consiste en una comunicación inmediata de las ideas, pero siempre va unido a la apariencia de aquel lenguaje que habla en las restantes ocasiones y es concebido como exterior a él»¹¹.

Sin embargo, apenas una década después de que Esquirol publicara sus dos volúmenes sobre las enfermedades mentales, su alumno Baillarger acierta a captar los susurros y murmullos de las voces que conviven con el alienado, describiendo al alucinado mediante la metáfora del «ventrílocuo». Son los propios locos –advierte– quienes pronuncian las palabras con la boca cerrada, como hacen los ventrílocuos. De especial relevancia resulta también destacar que Baillarger se guió de las experiencias de los místicos cuando distinguió las alucinaciones sensoriales y las psíquicas. Al leerlos, se percató de las diferencias existentes entre las «locuciones intelectuales», las que suceden en el interior del alma, y las «voces corpóreas», esas que atruenan los oídos. «No tengo necesidad de añadir –escribió– que la división que propongo para las alucinaciones, y a la que he sido conducido por la observación directa de los alienados, es la de los autores místicos; solamente han sido cambiadas las palabras. Llamo alucinaciones *psíquicas* a las visiones y a las locuciones intelectuales, y alucinaciones

7 ESQUIROL, E., *Tratado completo de las enajenaciones mentales consideradas bajo su aspecto médico, higiénico y médico-legal*, Madrid, Imprenta del Colegio de sordomudos, 1847 [1838], p. 67.

8 KANT, I. *Los sueños de un visionario*, Madrid, Alianza, 1987, p. 43.

9 *Op. cit.*, p. 89.

10 *Op. cit.*, p. 70.

11 *Op. cit.*, p. 94.

psicosensoriales a las visiones y a las locuciones corporales»¹².

Los pasajes que acaban de citarse muestran de forma ejemplar, a nuestro parecer, un desplazamiento de la dimensión visual a la auditiva, de la mirada a la voz, de las imágenes a las palabras. Palabras cuya presencia e intromisión cada vez más evidente irán configurando el nuevo rostro del alienado moderno. Estas pinceladas históricas ilustran asimismo sobre la tendencia a considerar erróneamente patológicas ciertas experiencias que, en otro tiempo y para muchas personas, no eran otra cosa que los resortes espirituales que les servían para vivir. A este respecto conviene evocar el anacrónico análisis psicológico que Lélut dedicó a Sócrates y su *demón* en 1836. Al hilvanar su sesudo estudio con referencias clásicas (Cicerón y Plutarco, especialmente) y con otras provenientes de autores más cercanos en el tiempo, se advierte esa predisposición inexorable que culmina convirtiendo a Sócrates en un loco y a la voz divina de su *demón* en «[...] las alucinaciones auditivas más manifiestas y más inveteradas que jamás haya podido observar un médico»¹³.

Si se admite que la figura del visionario diera paso a la del ventríloquo, la progresión nos llevaría finalmente a proponer la del xenópata. Por tal entendemos la del sujeto hablado por el lenguaje, cuyas ilustraciones más depuradas se hallan en las páginas de Séglas y Clérambault. Al quedar desposeído del lenguaje como instrumento, el sujeto se convierte en una fuente parásita que recibe sus propias palabras como si le fueran ajenas, pero en su perplejidad tiene la rotunda convicción de que esas palabras le conciernen en lo más íntimo de su ser. De esta forma, a falta de esos parapetos contra lo *real* que en otro tiempo encarnaron los espíritus, el lenguaje se ha transformado en una presencia amenazadora, en una potencia autónoma que busca al psicótico para hacerse oír, transformándolos en xenópatas que «[...] juegan a la alucinación como algunos niños se divierten jugando al teléfono»¹⁴.

8.

Las voces psicóticas, además de inefables, son probablemente mudas. En realidad, todos experimentamos unas voces calladas que no pasan de ser voces de la conciencia, voces que no acertamos a oír en ausencia de aquellos espíritus intermediarios que mediaban a nuestro favor. Los esquizofrénicos, por contra, son los que sonorizan esas voces silentes, o los que simplemente oyen el silencio. Del «pensamiento que no dice nada» hablaba Schreber, por poner un ejemplo ilustre sobre este acontecimiento. Los alucinados no oyen cosas inexistentes, sino que más bien oyen aquello que para nosotros ha enmudecido. Escuchan lo que no podemos oír. Escuchan a testigos desaparecidos para nosotros. Esto constituye la fuerza y verdad de su testimonio, aunque para formularlo necesiten el reclamo de la locura. Del lenguaje es imposible salir si no es bajo la condición de delirar, y es más allá del lenguaje donde reside el silencio sepulcral que sólo oye el psicótico, que es quien vuelve a oír lo que para nosotros ya permanecía silencioso por mor de la lengua que habitamos. Por ello a menudo solo oye unas voces que hablan entre sí, de lo suyo. Hablan de sucesos inefables que no llegan del todo al psicótico, quien a lo sumo sabe que hablan pero no lo que dicen.

Al fin y al cabo, en la psicosis moderna el verbo campa a sus anchas sin llegar a hacerse carne en el discurso. Las voces reveladoras de la psicosis poco tienen que ver con aquellas anunciaciones que embriagaban a San Agustín: «Pero cuando del bajío más secreto de mi alma mi enérgica introspección dragó y amontonó toda la hediondez de mi miseria [...] he aquí que oigo una voz de la casa vecina, voz de niño o de niña, no lo sé, diciendo y repitiendo muchas veces con cadencia de canto: Toma, lee; *tolle, lege*»¹⁵. Tampoco tienen que ver con la voz que le habla a Sócrates que, además de perfectamente inteligible, nunca es intimidatoria: «Me habéis oído decir muchas

12 BAILLARGER, J., *Recherches sur les maladies mentales*, T. 1, París, Masson, 1890, p. 397.

13 LÉLUT, F., *Le démon de Socrate*, París, Trinquart, 1836, p. 122.

14 SÉGLAS, J., «Préface», en H. EY, *Hallucinations et délirés*, París, Alcan, 1934, p. II.

15 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VIII, 12.

veces que hay junto a mí algo divino y demoníaco [...]. Está conmigo desde niño, toma forma de voz y, cuando se manifiesta, siempre me disuade de lo que voy a hacer, jamás me incita»¹⁶. El psicótico del presente ya no goza de esta fortuna, de ese remedio revelador que calma y repara «el pavoroso silencio de Dios» del que habla San Agustín, o que corrige amablemente nuestra conducta, según el sentir de Sócrates. Al contrario. Pues, aunque con el tiempo acabe encontrando cierta complacencia en compañía de las voces, la primera reacción que experimenta es la queja de oírlas. Las voces del esquizofrénico se han convertido en palabras alusivas, sin nadie que las soporte, sin otro que las formule. Palabras rotas, las más de las veces, que comienzan haciéndose sentir a través del ruido y la materia, que son el componente original que comporta el significante. Palabras *atemáticas* y *anidéicas*, como indicaba Clérambault. Palabras, por consiguiente, desamparadas, incapaces de organizarse en un discurso que no sea el de la construcción paulatina de lo delirante.

9.

Entre los antiguos la voz era todavía un espíritu carnal que animaba el discurso y la vida de los hombres. «En el principio existía el Verbo. Y el Verbo se hizo carne», leemos en San Juan. El Espíritu nos visita y se encarna. Así se muestra en nuestra religión y así lo hace igualmente en nuestra cultura clásica. A este respecto, hay que recordar lo que Plutarco cuenta de Sócrates y su *demón*: «En muchas ocasiones califica [Sócrates] de impostores a quienes decían haberse comunicado mediante visiones con algún ser divino, mientras que atendía y se informaba con interés de quienes afirmaban haber oído una voz»¹⁷. Las voces eran siempre voces de verdad y lo siguen siendo para el psicótico.

Todas las voces de los psicóticos son soplos. Soplos que insuflan conocimiento. El sopro es

siempre engendrador. Las voces, desde este punto de vista, son fenómenos creadores, enraizadas en esa condición inventiva que es consustancial a la psicosis. Y son también, por la misma causa, fenómenos divinos en su mayor parte. Se muestran como revelaciones, como descubrimientos reveladores. En el fondo, las voces psicóticas son mensajes del cielo. De hecho, siempre encontramos algo metafísico y trascendente en las psicosis. Schreber localizaba muy bien la aparición de los fenómenos sobrenaturales en su enfermedad, y separaba en relación a ellos un antes y un después. Pero las voces de Schreber ya no son voces antiguas, sino voces recientes, científicas, discontinuas. Signos matemáticos que cuesta interpretar y mucho más enlazar para constituirse en un discurso que nos acerque a los demás.

El significante que anuncian las voces esquizofrénicas en sus formas iniciales, aún carentes de significación, es el rumor de la pulsión y del silencio melancólico de las cosas. Rumor que asciende a murmullo cuando la cosa se vuelve poco a poco letra y reclama al otro para que le provea de significación. El otro incorpora el significado para que el significante intente convertirse ya en palabra y encarnación. En ese momento, el «devanado mudo del pensamiento», «el paso de un pensamiento invisible», «la famosa palabra que no dice nada», como síntomas más significativos en el diluvio metafórico con que Clérambault acierta a describir el vacío del automatismo inicial, se convierten ya en posibilidad de pseudoalucinación, esto es, en posibilidad de voz. Y el destino de estas primeras voces y, en general, de todas las pseudoalucinaciones, es repetirse en eco, ese mismo que para Clérambault era el núcleo del automatismo. El eco es el testimonio de la palabra fracasada que no acierta a incorporarse al surco continuo del lenguaje y salta a cada momento como un disco rayado en el pensamiento. La voz esquizofrénica representa ese fracaso, la presencia ausente del otro que ocupa la

¹⁶ PLATÓN, *Apología de Sócrates*, 31 D.

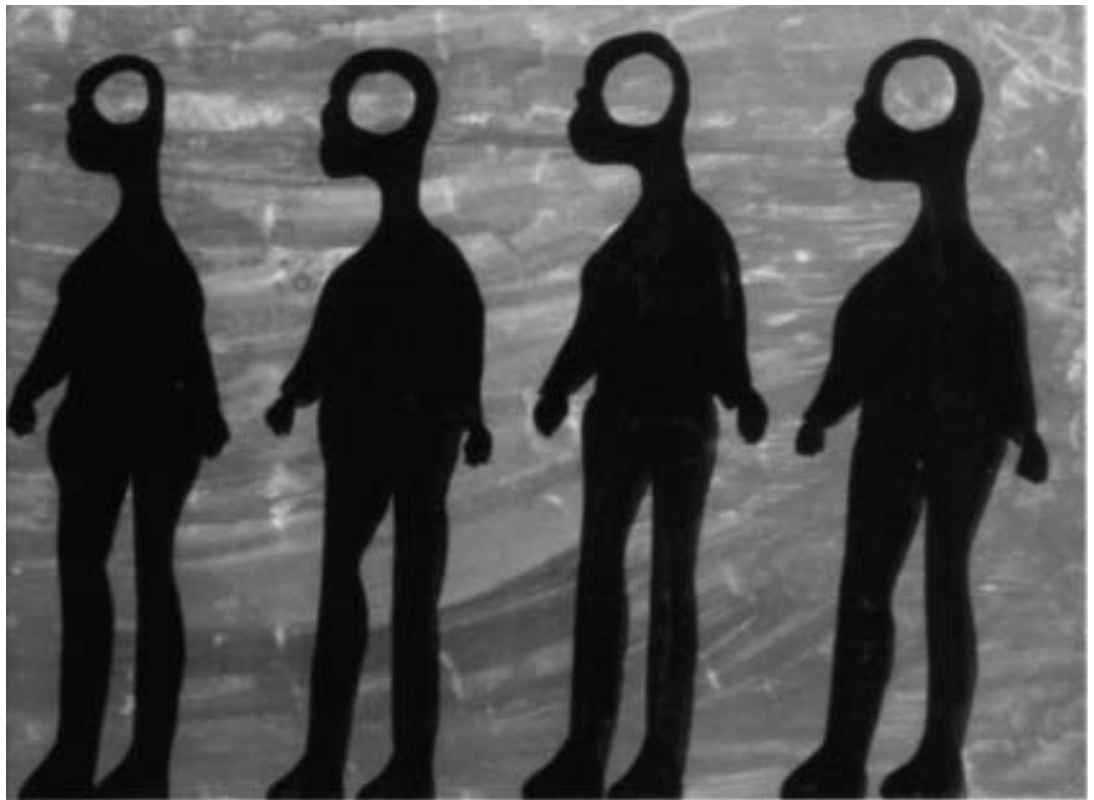
¹⁷ PLUTARCO, *Moralía* VIII, 240.

escisión como un cuerpo extraño y a la vez impuesto.

Se entiende ahora que podamos interpretar las voces como gritos que reclaman la presencia de alguien proferidos en la soledad. Todas las voces del esquizofrénico son filtros amorosos. Son voces de amor, de un amor incomprendido y enigmático la mayor parte de las veces, que se vuelve también incomprensible para nosotros. Las voces del psicótico proceden del desengaño amoroso. La voz delirante es un reclamo que pretende dar sentido al otro cuando el amor ha fra-

casado, pero que sólo despierta la intencionalidad, el perjuicio y el odio.

Es cierto que, en general, no se sabe lo que dicen las voces, pues son inefables. Son «un puro absurdo» acompañado de «injurias», dice Schreber. Sin embargo, sabemos lo que significan. Todas significan ven. Digan lo que digan, el psicótico las devuelve como un ven. Llaman al otro para hacer compañía al psicótico. Raptan al prójimo, con su canto, en un raptó de amor vocal y especulativo sucedido en el límite de lo humano.



Carlo Zinelli, lámina *Sin título*.